



Meditación 2

“El hijo se marchó a un país lejano y allí derrochó su fortuna”

La forma en que cada uno de nosotros habita el espacio expresa su mundo emocional y sus convicciones de una forma flagrante, que no podemos ignorar. Estar dentro o fuera, cerca o lejos tiene un significado que no es solo geográfico: es también simbólico, existencial, moral. Preguntémosnos esta mañana, en nuestra oración, dónde estamos. ¿Dónde estoy yo y dónde estamos como pareja? En el contexto de nuestra familia, ¿qué lugar hemos elegido habitar? ¿Nuestro "estar dentro" es realmente un compromiso real y fecundo? ¿Hemos ayudado a reunir, tejiendo la unidad característica del amor, o permitimos ser cómplices de la dispersión que debilita? La frase que leemos en la parábola del pródigo, y que nos indica que "el hijo menor... se marchó a un país lejano" (Lc 15, 13), nos ofrece mucha luz para reflexionar sobre nosotros mismos.

Centrémonos en la frase escogida para este día: "El hijo menor... se marchó a un país lejano y allí derrochó su fortuna" (Lc 15, 13). Curiosamente, en la parábola, Jesús no se detiene a explicar qué razones llevan al hijo a tomar la decisión de partir. A no sé cuántas brazas de profundidad cada ser humano lleva consigo un dolor no resuelto, un desamparo ancestral, una herida a cielo abierto, un abandono que todavía duele y que, en vez de sumergirnos en el centro afectivo que nos podría curar, nos arroja más aún a la soledad de la distancia, donde la sequedad y la fragilidad se agravan. Como explica san Pablo en la Carta a los Romanos, nos sucede muchas veces que no hacemos el bien que vemos claramente y nos entregamos, en cambio, en manos del mal que detestamos (Rom 7, 19). Tenemos que contar humildemente con esta cruda paradoja en nuestras vidas.

¿Por qué parte el hijo pródigo? Esto no se dice en la parábola. Creo que las razones profundas de este alejamiento, que podemos identificar también en nosotros, no se explicitan completamente, solo se intuyen. Y resultarán, quizá, de una mezcla de cosas: una ineludible sed de ser, un deseo de autonomía y de individualidad, y al mismo tiempo una inseguridad corrosiva, una carencia, una seducción por las soluciones fáciles, una fuga. Las grandes obras de arte dan a menudo testimonio de este humanísimo dolor. Recuerdo un conjunto de esculturas de Miguel Ángel que me impresionó mucho. El escultor las llamó "esclavos". Tienen en común el hecho de estar inacabadas. Miguel Ángel las esbozó apenas, como si el proceso de arrancar la piedra estuviera destinado a permanecer abierto. Pero lo que se ve allí es espantoso. En aquellos cuerpos acentuadamente dramáticos, presos aún en la masa informe, hay como un grito poderoso que llega hasta nosotros y nos alcanza. Ellos están en



lucha para liberarse de su propia prisión. Ahora bien, este estado inconcluso, este inacabamiento expresado entre lucha y tensión, entre necesidad y deseo simboliza bien nuestra vida. Hay tantas cosas que hacemos y que no podemos explicar bien sino como parte de ese espasmo desgarrador que es la interminable construcción de lo que somos. Por eso, hay una parte de la historia del hijo pródigo que comprendemos bien, porque nos toca a todos.

Ante esto, ¿qué es amar? - nos preguntamos. Amar es abrazar en el otro aquella porción de sufrimiento, aquel grito callado que él transporta, y hacerlo sin juicios, pero con esperanza. Amar es tocar con delicadeza aquel fondo confuso y por iluminar que subsiste en cada uno de nosotros. Amar es estar dispuesto a esperar por el otro de una forma incondicional. Amar es adoptar esa pasividad del padre de la parábola, que nada tiene de desinterés por el bien del otro, pero es un modo de entrar en diálogo con la herida que él transporta y que lo condiciona, pero cuya resolución no puede ser inmediata. El punto firme de aquel que ama es, así, no desistir.

Que los matrimonios se amparen así. En una pareja no se puede tener la expectativa de ser personas perfectas. No es raro que un obstáculo a la felicidad sea la búsqueda idealizada de una perfección de catálogo y no el reconocimiento de personas reales, de carne y hueso. Y, de la misma manera, no hay familias que no sean familias heridas, marcadas por un sufrimiento, llevando una cruz muchas veces mayor que sus fuerzas. Pero Dios no nos deja abandonados. Y de todo nos ayuda a hacer el camino. Apoyados en Dios todo es gracia.

Pero la frase evangélica, "El hijo menor... se marchó a un país lejano y allí derrochó su fortuna", nos desafía a hacer una revisión de vida. Porque es muy fácil perder de vista lo esencial. Es tan fácil perderse de vista el uno del otro en la relación conyugal. Sin un permanente trabajo de atención a nuestra realidad, acabamos prisioneros de la rutina, entregamos la conducción de nuestra vida a un piloto automático y perdemos, poco a poco, la capacidad de activar las dimensiones profundas del amor. Tenemos que preguntarnos si también nosotros disipamos nuestro tesoro. Esto sucede, por ejemplo, cuando relegamos la vida familiar a un segundo plano en nuestras prioridades. Teóricamente decimos que es lo más importante, pero después nuestras acciones concretas no dicen eso. Tenemos que preguntarnos si nos empeñamos en calificar nuestra vida familiar, haciendo de nuestro tiempo un verdadero templo, en lugar de malgastar las oportunidades que nos ofrece cada día. Maravilloso don es la aventura del matrimonio. Lo siento como una vocación y una misión que estamos llamados aquí a renovar.